

MI FELICITACIÓN A TODOS EN LA NAVIDAD



Queridos paisanos todos, seáis cristianos o no:

Lo propio en estas fechas es la felicitación. La Navidad es una gran fiesta para creyentes en Jesucristo y para quienes no lo son. En estos días parece que reverdecen los buenos sentimientos. Aflora en los corazones

una mayor inclinación a perdonar, a compartir, a tener en cuenta a quienes carecen de los medios para celebrar la fiesta, aunque sea con toda sencillez.

Vivimos tiempos en los que el protagonismo social parece corresponder a las tensiones y a los desórdenes de diverso grado y estilo que ensombrecen el paisaje social y llegan a veces, incluso, a crispar los ánimos de muchos. El dolor que causa constatar la pobreza tan extendida, y la falta de signos que permitan ver en el horizonte promesas realistas y concretas de una próxima solución, se convierte en una pesada losa que gravita sobre los que no tienen trabajo, sobre quienes viven situaciones familiares de especial tensión, sobre quienes están siendo víctimas de graves abusos de diverso orden, y sobre tantos otros que viven carencias espirituales o materiales.

Ante este paisaje social que no debemos olvidar ni un solo momento, y que la Iglesia tiene muy presente siempre en sus oraciones y en sus esfuerzos caritativos, brota una inquietante pregunta: **¿Podemos andar con felicitaciones en estas fechas marcando las diferencias entre quienes pueden gozar y quienes no tienen más remedio que seguir sufriendo?**

Es necesario que entendamos bien el sentido de la felicitación navideña. En creyentes y no creyentes, **el saludo navideño debe ser la expresión sincera de una decisión personal, concreta y operativa de poner lo que esté de parte de cada uno para aliviar la situación ajena.** Un autor no cristiano dijo con gran acierto que en la vida de un hombre está la vida de todos los hombres. Por tanto, la felicitación navideña debe significar en todos un serio compromiso de comportarse con el prójimo con una limpia solidaridad, con caridad, con espíritu fraternal.

Para **los cristianos**, la felicitación navideña tiene otro alcance, además. Con ella **deseamos a los hermanos de cualquier edad y condición que lleguen a saborear la felicidad y la paz interior que nos trae Jesucristo con su encarnación** cuyo fin era la redención.

La cercanía del Señor nos ayuda a encontrar el sentido de cuanto somos y de cuanto nos ocurre. Encontrar este sentido no se parece en

nada a un vano consuelo o a una inoperante resignación ante el mal que se sufre. El sentido que nos ofrece Jesucristo, y que debemos tener presente al celebrar la Navidad y al felicitarnos en ella, nos permite descubrir qué utilidad tiene todo ello para nuestro crecimiento personal y para la edificación de los demás. No se trata solamente de pensar que “no hay mal que por bien no venga”. **Se trata de llegar a saber cuál es el bien que se derivará del mal que se sufre, descubrir que Dios todo lo hace o lo permite para nuestro bien.** Él nos ama infinitamente a todos y no abandona a nadie a su suerte. Nos enseña que todos estamos comprometidos con los demás, y que todos somos, de algún modo, responsables y beneficiarios de la situación difícil o próspera que ellos viven.

Si en la Navidad, y en algunas ocasiones más, pensáramos seriamente sobre la íntima relación entre las personas de toda raza, condición y situación; y si esta reflexión nos llevara a tomar posturas sinceras, generosas y mantenidas de acuerdo con los principios éticos y caritativos, desaparecerían muchas injusticias en el mundo, habría más paz, más alegría y más esperanza.

No olvidemos que Jesucristo, nacido en Belén, es el camino, la verdad y la Vida. Los cristianos debemos tomar especial conciencia de lo que Jesucristo nos trae y nos pide. Él quiere de nosotros que amemos la verdad más que a nosotros mismos; y ello, sobre todo, en tiempos en que tanto se miente o se habla y se escribe a la ligera, sin respeto a la verdad y sin responsabilidad social o eclesial. El Señor quiere que ayudemos a los demás a encontrar el camino que les ha de llevar a la vida, a encontrar el sentido de la vida aquí en la tierra y la vida eterna junto a Él en el cielo.

Quiero terminar con unas palabras de S. Pablo, especialmente aleccionadoras para nuestro tiempo. “Nosotros, los robustos, debemos cargar con los achaques de los endebles y no buscar lo que nos agrada. **Procuraremos cada uno dar satisfacción al prójimo en lo bueno, mirando a lo constructivo.** Tampoco Cristo buscó su propia satisfacción; al contrario, como dice la Escritura: Las afrentas con que te afrentaban cayeron sobre mí” (Rom. 15, 1-3).

Desde estos supuestos, os digo a todos, con sincero corazón y con esperanza en la gracia de Dios y en la bondad de muchas personas: ¡FELIZ NAVIDAD!

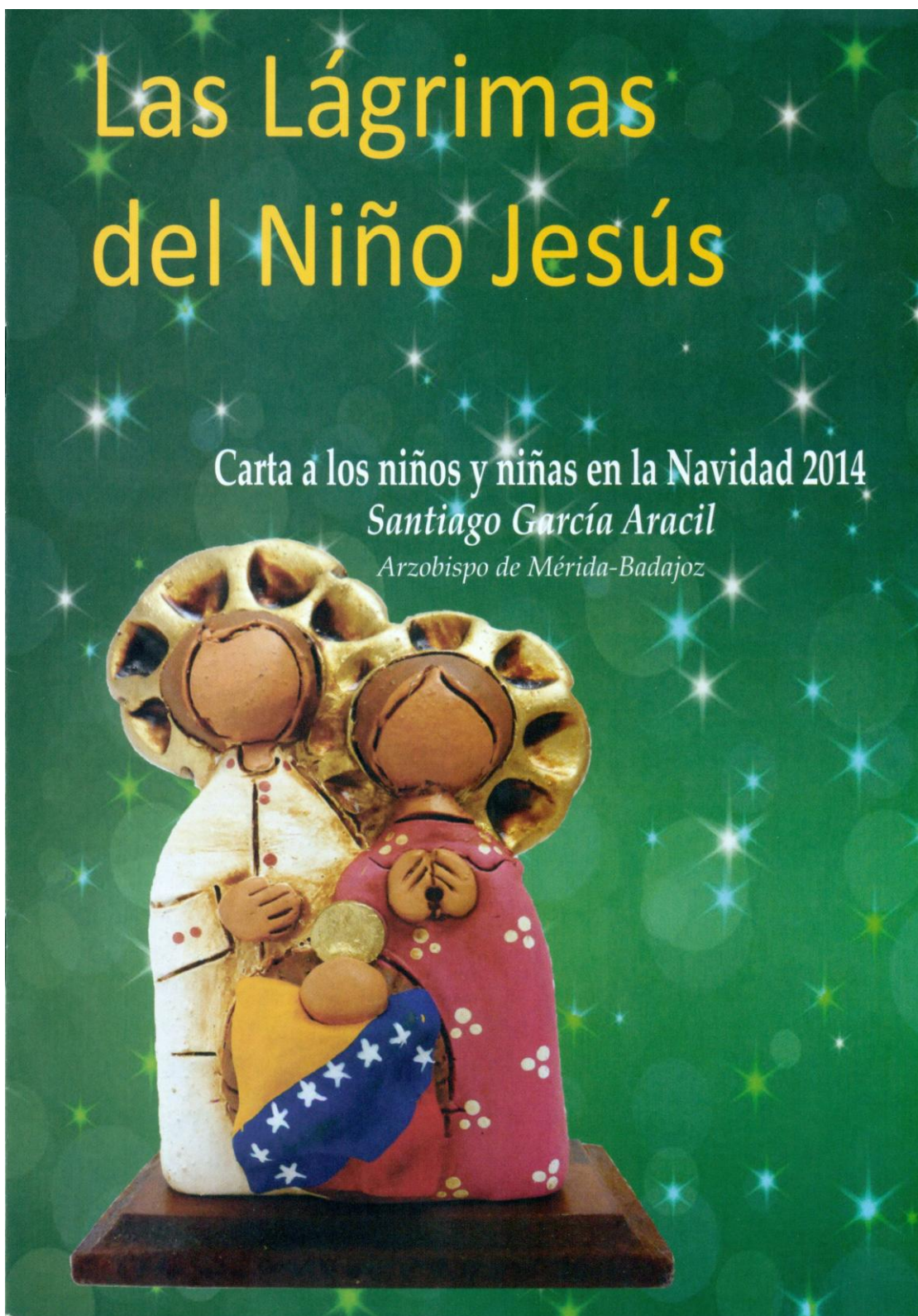
Santiago García Aracil

Arzobispo de Mérida-Badajoz

FELICITACIÓN DE NAVIDAD

Para los niños y niñas de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz

LAS LÁGRIMAS DEL NIÑO JESÚS



Queridos niños y niñas. Os escribo este año, como siempre, para felicitaros en la fiesta de Navidad. ¡Qué bonita es! ¿Verdad? Es tan bonita porque celebramos el nacimiento del Niño Jesús que, siendo Dios, quiso hacerse hombre para estar con nosotros en la tierra y ayudarnos a ser buenos; así, un día podremos ir al cielo.

En estas fiestas, muchos papás y muchos hermanos mayores ayudan a los niños a montar el Belén. Damos este nombre a la representación del portal donde nació el Señor. Nació allí, junto a la mula y el buey, porque no había sitio en la posada.

Algunos ponen más cosas al montar el Belén. Recuerdan el pueblecito donde nació el Señor y los lugares donde vivían y trabajaban las personas de aquellos tiempos. En muchos casos representan el lugar donde pasaban la noche los pastorcitos y donde el Ángel fue a anunciarles que había nacido el Niño Jesús. A veces vemos, también, el palacio del Rey Herodes y la caravana de los Reyes Magos.

A mí me gusta mucho contemplar el Belén. Si no lo tuviera a la vista me parecería que todavía no había llegado Navidad. Todo queda tan bonito, que a mí me sabe mal tenerlo que guardar después de la fiesta de los Reyes Magos.

Yo me quedo muchas veces contemplando el Belén y, sobre todo, la imagen del Niño Jesús. Y, mirándolo pienso en el frío que debió pasar en ese establo, porque no tenía puertas.

¿Sabéis en qué pienso algunas veces también? Pienso en que Jesús bajó del cielo para estar con nosotros pasando frío al nacer y sufriendo luego la muerte en la cruz para librarnos del pecado. Esto me hace pensar: ¿Qué hacemos nosotros para tener contento al Niño Jesús?

Alguna vez me quedo mirando al Niño Jesús y me dan ganas de hablar con él.

En cierta ocasión tenía yo la imagen del Niño Jesús en mis manos para ponerlo en su sitio y me quedé sorprendido. Me pareció un milagro. Vi cómo caían por sus dulces mejillas unas lagrimitas, como si tuviera pena. Y me quedé pensando: ¿Por qué llorará el Niño Jesús? ¿Será por el frío? ¿Será porque le cogí mal y le hice daño? No sabía qué hacer.

En ese momento casi me caigo del susto. ¿Sabéis lo que me pasó? Pues que me pareció que el Niño Jesús estaba hablando. Puse toda la atención, sorprendido y emocionado, y oí que me decía:

—¿Sabes por qué lloro? Lloro porque veo que muchos niños juegan conmigo en estos días de Navidad. Pero luego se olvidan de mí y no vienen a verme, ni a contarme sus cosas, ni a hacerme compañía.

Yo, casi temblando, porque no me imaginaba el Niño Jesús se pusiera a hablar conmigo, me atreví a decirle:

—Jesús, ¿cómo quieres que vayan a verte después de Navidad, si ya no estás en el Belén?

Jesús me respondió:

—Pero yo estoy en el sagrario. Y eso lo saben los niños porque se lo explican en la catequesis cuando se preparan para la Primera Comunión.

Me da pena cuando veo que juegan con sus amigos, que se entretienen con los juegos, con la televisión y con otras muchas cosas. Y, en cambio, se olvidan de mí. Me duele mucho porque yo no me olvido de ellos.

Preocupado por lo que me había dicho el Niño Jesús, le pregunté:

—¿Qué puedo hacer yo?

Y me respondió:

—Diles que vayan algunas veces al templo y hablen conmigo. Y, si no pueden ir a la iglesia, que me hablen cuando se van a dormir.

Diles que me cuenten sus cosas y que me pidan lo que necesiten. Yo les ayudaré.

Diles que, si no se les ocurre nada que decirme, que recen el Padrenuestro.

Diles también que recen un Ave María. Mi madre, la Santísima Virgen, les quiere mucho. Siempre me está pidiendo cosas buenas para ellos. Pero, a veces me dice: ¿por qué no se acuerdan tampoco de mí? Yo también quiero estar con ellos y ayudarles.

Desde entonces, cada vez que me encuentro con los niños les digo que entren en el templo y vayan a ver a Jesús; y que le cuenten sus cosas. Para decirle cosas a Jesús, no siempre hay que hablar. Con solo pensarlo Jesús ya lo entiende.

Queridos niños: ¿No os emociona saber que Jesús os quiere y que sufre cuando no acudís a Él?

Vamos a hacer una cosa, si os parece. Yo voy a rezar por vosotros al Niño Jesús, y vosotros vais a acercaros a la iglesia, especialmente los Domingos, y vais a decirle cosas a Jesús para que no se sienta solo y no se disguste creyendo que le habéis olvidado. ¿Lo haréis?

Gracias, queridos niños, por haber leído mi felicitación navideña. Como somos amigos, seguiremos hablando de nuestras cosas. Por eso os escribo al comenzar el Curso y en Navidad. Espero vuestras noticias.

Felicidad de mi parte a vuestros hermanitos, a vuestros papás y a vuestros abuelitos.

Un beso a todos.

Vuestro amigo Santiago. El Arzobispo de Mérida-Badajoz